

## **CAPÍTULO 1**

*Chilecito, La Rioja*

*18 de abril de 2016, 18:14 hs.*

El cuerpo de Iris Conesa nunca fue encontrado. Pero para Isidro Conesa su única nieta no estaba muerta, solo se había vuelto invisible. En realidad, la habían vuelto invisible.

El tambor del revólver Colt 38 especial se abrió con un clic soltando al aire el aroma del aceite. La fragancia le hizo recordar las viejas máquinas de escribir, en especial cuando estaban recién reparadas. Dejó que las seis balas le cayeran en la mano y guardó cinco en la caja. Conesa no pensaba dejar ninguna nota, sus intenciones deberían quedar claras cuando lo encontraran junto al arma con una munición vacía. Si eso no era suficiente, sobre el escritorio estaba a la vista el diario del día. En la primera plana podía leerse la noticia que lo había impulsado a tomar la decisión.

El revólver brillaba, tenía algunos arañazos en el cañón y lo que más le gustaba era la empuñadura de goma. Con suavidad regresó el tambor a su posición y quedó sujeto tras un chasquido. Había comprado el arma diez años atrás con otras intenciones, pero no recordaba que fuese tan pesada. La había conseguido a través de uno de sus antiguos alumnos de la universidad. No había olvidado el nombre del muchacho que se la había ofrecido, junto con la caja de balas, por un precio bastante alto. Él la compró sin quejarse y el joven la vendió sin hacer preguntas.

Revisó el arma por segunda vez y la colocó, cubierta por un pañuelo con su monograma, junto al diario. Guardó la caja de municiones en uno de los cajones del escritorio y sintió que todo estaba listo. Cuando miró por el ventanal de su estudio supo que aún era temprano.

Se levantó apoyándose en los brazos del sillón giratorio y puso los puños en los bolsillos del saco. Se acercó a la ventana para ver el lado norte de la viña. Los pantalones vaqueros que tenía le sentaban bastante bien, aunque los dobladillos estaban lejos de los mocasines negros. Los tobillos, con sus medias blancas, iban al descubierto. Esa tarde tenía los hombros algo caídos, pero, con sus ochenta y pocos años, siempre mantenía el porte erguido y el aire deportivo propio de quienes acostumbran vivir en el campo. Tenía una amplia frente y aún conservaba todo el cabello, que, como la espesa barba, era blanco.

Con los ojos azules entreabiertos recorría las laderas donde las vides parecían estar peinadas sobre el terreno. A lo lejos, un tractor se movía con pereza junto a la fila de cipreses que a esa hora de la tarde proyectaban largas sombras. Su pensamiento se perdió en aquel sitio hasta que empezó a sonar el teléfono. A través de los cristales vio que las luces de la tarde ya estaban en retirada. Sabía quién llamaba y lo que le diría. Se quedó mirando las laderas mientras el timbre seguía sonando. Un aleteo atrajo su atención. Sobre un poste cercano se había posado un cuervo.

El sonido no cesaba y si no respondía pronto, alguien vendría a ver que pasaba. Arrastrando los mocasines regresó al sillón y al levantar el auricular confirmó sus sospechas. Su nuera, Valeria, estaba en la línea. En realidad, era su exnuera, pero eso no importaba, al fin de cuentas, siempre sería la madre de su nieta.

—Isidro —la voz sonaba como si la mujer estuviese temblando—, estos tipos salen libres de nuevo y ....

—Hola, Valeria. Sí, por la mañana he leído los detalles en el diario.

Como la voz le sonó acatarrada, se alejó el teléfono para aclararse la garganta. A continuación hubo silencio, sabía que Valeria detestaba llorar frente a otros y la imaginó mordiéndose el labio con los ojos apretados. Inspiró hondo y, probando un tono más amable, continuó diciendo:

—Lo que ha sucedido es que han tenido un abogado muy astuto. Él fue el que encontró como desarmar el caso de la fiscalía contra el senador Rocha.

Cuando terminó la frase estaba apretando la mandíbula. El comentario técnico no era el acertado para mejorar el ánimo de la mujer. En el otro lado de la línea el silencio se extendió aún más. Miró por la ventana y vio como el cuervo levantaba vuelo desapareciendo de su vista. Estaba casi seguro de que regresaría más tarde.

—Sucedo que en este caso hay muchos intereses involucrados —agregó él tratando de cambiar el tema.

—¿Sí? ¿Y qué pasa con los intereses de la familia de esta chica ....?

—Malvina Rojas.

—Malvina Rojas, sí, ¿qué hay de los intereses de esa familia? ¡Por Dios! —en ese momento debió alejarse el auricular del oído—, pobre chica violada, torturada, asesinada. ¿Te das cuenta de que la tragedia se repite? Es lo mismo que le pasó a ...

Imaginó a Valeria, del otro lado de la línea, con la mano sobre la boca, intentando controlar sus emociones. Al cabo de unos segundos, escuchó que Valeria lloraba sin la menor resistencia. No sabía qué decir, sus propios sentimientos no eran muy diferentes. La noticia fue lo que lo había decidido desde la mañana, cuando había considerado tragarse un frasco de somníferos. Pero ese fin no era para él, estaba decidido a enfrentar el cañón de su arma. Esperó en silencio hasta que ella se compusiera. Se estiró para sujetar el portarretrato que estaba en el escritorio y lo apoyó sobre el diario que tenía delante.

En la fotografía estaban los dos, su nieta Iris, con su uniforme del secundario, y su hijo Germán, mirando sonrientes a la cámara. Acarició con el pulgar el marco metálico mientras recordaba que la fotografía la tomó Valeria en frente del colegio, al inicio de las clases. Era el último año del secundario. Por un momento pensó que Iris y Germán estaban allí, de verdad, frente a él, mirándolo sonrientes. Si así fuera, podría advertirles sobre lo que sucedería pocos meses después. Le ardieron los ojos y se le empañaron. La fotografía se desenfocó.

Iris, con su nariz delgada y las mejillas rosadas, era la versión joven de Valeria. Con cuidado regresó el portarretrato a su sitio y se secó los ojos con el dorso de la mano. Se dio unos golpecitos con la mano sobre los labios apretados para tratar de sobreponerse.

—Disculpame, Isidro —Valeria parecía haberse recuperado—. Me enteré de todo esto y ..., bueno necesitaba hablar con alguien que tenga los pies en la tierra. No sé si hice bien en llamarte, en fin,...

—Hiciste muy bien, Valeria. Te agradezco que me hayas llamado.

—¿Vos cómo estás?. ¿Hablaste últimamente con Germán?

—No —la pregunta lo tomó por sorpresa—. Seguimos igual. No nos hablamos desde que terminó el juicio de Iris.

Volvió a mirar el retrato. Era la foto más reciente que tenía de su hijo. Se alegró de que en la fotografía se lo viera sonreír. Todos decían que Germán se parecía a él, pero suponía que se referían al temperamento. Su hijo era un hombre atractivo y había heredado el porte aristocrático de su madre. Germán e Iris Conesa estaban en la foto como deberían haber estado siempre, felices.

—No me ha perdonado —agregó él luego de unos segundos—, creo que sigue pensando que yo debí usar mis influencias.

—Es una lástima que no se hayan amigado.

— Sí. Es algo más para agradecerle a Rocha y su clan familiar.

—¡Qué hijos de puta! Perdoname, Isidro, pero son los mismos tipos que hace diez años nos quitaron a Iris. Siguen con sus perversiones, violencia, asesinatos y, pese a la declaración de los testigos, salen lo más campantes debido a una pelotudez técnica y aquí no ha pasado nada. ¡Qué tremendos hijos de puta!

—Tenés razón, Valeria, es una verdadera vergüenza —como ella seguía en silencio, prosiguió—. En su momento decidí que era necesario apoyar las instituciones y sus mecanismos. No pude intervenir, no podía hacerlo sin renunciar a mis principios —el silencio en el otro lado de la línea se hizo más denso—. Por eso no quise involucrarme... ¿Qué mierda esperaba Germán que hiciera? ¿Qué quería, que fuera a convencer al tribunal para que modifique su resolución? —vociferó Conesa.

—Cuando nos quitaron a Iris —dijo Conesa con un tono más moderado—, yo confiaba en la justicia. No tenía dudas de que nuestro sistema judicial funcionaría como es debido, sin presiones políticas. Cuando el senador y los suyos salieron impunes, Valeria, te aseguro que sentí que dentro mío algo se había ...

Miró el bulto cubierto por el pañuelo pensando que al quitarse la vida le causaría más tristeza a Valeria. De todos modos, sería un dolor insignificante frente a la pena de esa madre que había perdido a su hija. Ni siquiera la había podido enterrar y, pese a todo, seguía adelante. Él, en cambio, se había quedado sin ganas.

Se despidió de Valeria y giró el sillón hacia el ventanal pero en la oscuridad ya no se veían las vides. Lo que tenía enfrente era su propia imagen. El reflejo le mostraba a un hombre cansado y que, a su juicio, se había quedado por allí demasiado tiempo. Se vio allí sentado, viudo; diez años atrás se habían llevado a su nieta con engaños o drogas y ya no tenía contacto con su único hijo. No los veía en el vidrio, pero estaban por ahí, sueltos, los mismos criminales, los que hacía dos años habían asesinado a otra joven y una vez más habían quedado sin castigo.

El ventanal le devolvía esa noche la visión de un hombre lleno de dolor y despojado de toda esperanza. Observó de reojo el arma escondida y por un momento imaginó el sabor del metal frío en la boca. Estaba preparado para su última expresión racional, el disparo como acto de voluntad pura. Le pareció abominable que alguien tuviese que limpiar sus restos en su estudio. Lo mejor sería salir cuando todos estuvieran durmiendo, caminaría por el campo hasta encontrar un lugar conveniente. Tal vez cerca de las vides.

Los pasos que se acercaban lo trajeron de regreso.

El mayordomo entró al estudio y lo vio mirando hacia la ventana oscura. Se aclaró la garganta con discreción y colocó la bandeja en el extremo del escritorio.

—Está refrescando, Profesor. Le preparé un té de tilo para que tome algo caliente antes de la cena.

Atilio era un hombre bajo y bastante ágil considerando su prominente abdomen. Tenía algo más de cincuenta años e insistía en decirle profesor, como si aún continuara dedicado a la educación universitaria. Con discreción retiró el diario y colocó en su lugar la taza de porcelana. Conesa asintió sin sacar la vista de la ventana. Atilio leyó en silencio las grandes letras del titular del diario: "Caso Malvina Rojas. Por un defecto legal se cierra el juicio contra el Senador Rocha y su hijo". Se puso la bandeja vacía bajo el brazo y volvió a dejar el periódico en el escritorio. Cuando se alejaba lo oyó murmurar.

—Disculpe, Profesor, no escuché lo que dijo.

—Perdón, Atilio. Vi que estaba leyendo el diario —se excusó con la mano en alto mientras giraba la silla hacia el mayordomo—. Decía que es probable que a Iris le haya sucedido lo mismo que a esta chica del diario, Malvina Rojas.

—Sí. Pobre muchacha. Qué horrible lo que le pasó. Las noticias de la tele hace semanas que están dale que dale con este asunto del juicio. Yo nunca encuentro mis anteojos, ¿vio?, así que no he leído los detalles en los diarios.

Conesa levantó la comisura de los labios mientras se estiraba para alcanzar el periódico. Buscó entre las páginas hasta que localizó lo que quería leer.

—Aquí está, Atilio. Escuche lo que dice la nota. “El 14 de junio de 2014 dos agricultores encontraron el cuerpo sin vida de Malvina Rojas (17) en un descampado a pocos metros de la Ruta Provincial 25 de La Rioja. La joven fue hallada desnuda, con fractura expuesta del húmero izquierdo, numerosas laceraciones en el rostro y en el torso, signos de abuso sexual y marcas de pequeñas quemaduras circulares. Los médicos forenses hallaron Rohypnol, la llamada droga de las violaciones, en la sangre de la víctima. También aseguraron que la causa de la muerte de la joven fue traumatismo de cráneo. La fiscalía interviniente inició juicio por homicidio simple contra el senador provincial Alberto Rocha, su hijo, Claudio y Walter Ríos, chofer del político, en virtud de contar con dos testigos que vieron a la menor en compañía de los nombrados. No es la primera vez que se sospecha que los miembros de la familia Rocha estén vinculados a acusaciones de delitos asociados al abuso de menores, a las drogas y al alcohol”.

—¡Qué comemierdas estos políticos! —dijo el mayordomo cambiando el peso del cuerpo a la otra pierna— Siempre hacen lo que quieren.

—Es muy cierto —dijo mientras seguía leyendo—. Escuche lo que dice esta parte del artículo: “La representación letrada de los acusados estuvo a cargo de Cristóbal María del Carril. El conocido abogado penalista que integra el equipo de asesores del millonario Leo Huergo, se presentó a último momento en calidad de defensor. El letrado logró demostrar que durante el proceso se había incurrido en graves defectos legales que, según argumentó, afectaron el derecho de legítima defensa. El tribunal encontró razonable el reclamo y, en consecuencia, desestimó...” —Conesa negaba con la cabeza mientras leía en silencio.

—¿Sabe qué es lo que no entiendo, Profesor? —dijo Atilio pasando la bandeja al otro brazo—. ¿Por qué el millonario ayuda al político? Al final, este asunto es una bosta con alcohol, drogas y vaya a saber qué otras cosas de degenerados, ¿no?

—¡Tal cual! —dijo golpeando el diario con el dorso de los dedos—. Esa es una buena pregunta: ¿Por qué el empresario lleno de dinero ayuda al político? Y la respuesta es que desde hace años Huergo, el millonario, está interesado en explotar una mina de uranio —Conesa bajó el dedo que tenía en el aire para sujetar la taza de té y tras beber un sorbo prosiguió—. Ese yacimiento está en Los Colorados, aquí mismo, en La Rioja, pero nuestra legislación de protección del ambiente prohíbe esas actividades.

—¿A usted le parece que lo ayudó para sacar uranio?

—Muchos suponen eso. Y si me pregunta, yo también lo pienso. El abogado del Carril es especialista en encontrar fallas en los procedimientos legales. Pero sus habilidades, por supuesto, cuestan mucho dinero o, como en este caso, favores de un político.

—¡Cierto!. Entonces esos roñosos quedan libres después del crimen. Justito lo mismo que pasó con ...—el mayordomo frunció los labios y con las cejas levantadas se lo quedó mirando.

—Tiene toda la razón, Atilio. Es igual a lo que sucedió con Iris y, por supuesto, como en esa ocasión, nadie hace nada al respecto.

Conesa pensó que él mismo tampoco había hecho algo, ni ahora ni entonces. En su mente volvió a representarse una vez más una escena fantástica en la que él se acercaba al Senador Rocha. Estrechaba con firmeza la mano del político y se presentaba:

—Mucho gusto, senador. Soy el doctor Isidro Conesa, titular de la Cátedra de Filosofía de la Universidad de Chilecito.

En el ensueño el político le devolvía el saludo y a continuación, Conesa le diría:

—Usted conoció a mi única nieta.

El senador, curioso, levantaría las cejas y esperaría más información, él agregaría entonces:

—Mi nieta se llamaba Iris Conesa y cuando usted se la llevó engañada o drogada ella solo tenía diecisiete años.

En el preciso momento de la ilusión en que el hombre retrocedía sorprendido, él sujetaba el arma en el bolsillo. Sin prisa extraía el revólver y disparaba entre las cejas del senador Rocha.

Se trataba de una fantasía que había soñado mil veces despierto. Siempre había sido una ilusión. La parte de comprar el arma se había hecho, pero nunca llevó el espejismo a la práctica. Nunca supo si fue por exceso de principios o por falta de coraje. De haber realizado en su momento ese delirio, Malvina Rojas estaría cenando con sus padres y él no estaría esperando para ir a quitarse la vida entre las plantas.

—Profesor —dijo el mayordomo y él comprendió que el hombre había estado hablándole—, me retiro, veo que está ocupado.

—Perdón, Atilio. Me distraje un momento.

—No se aflija, Profesor. Voy a la cocina a preguntar por la cena.

En cuanto el mayordomo salió del estudio, Conesa se dedicó a dejar todo en orden para que sus bodegas continuaran funcionando tras su muerte. Algunos meses atrás había comprado otro viñedo en Asís, a un poco más de cien kilómetros al norte de Roma. Era una instalación moderna y estaba bien dirigida. En su opinión, no era necesario dejar instrucciones a los encargados. Buscó en el celular unas fotografías de la bodega que él mismo había tomado cuando estuvo allí. Encontró la que más le gustaba, era una vista desde la terraza lateral del chalet. Desde allí se veía la viña que ascendía poco a poco hacia las montañas. Miró la foto hasta que se apagó la pantalla.

La bodega de Chilecito se llamaba “Los Bagueles” y exportaba su vino insignia, el Cabernet Sauvignon, a Europa y Australia. Su proyecto para ese año era ampliar la red de distribución argentina del chardonnay. El acuerdo parecía próspero, pero estaba pendiente la firma del contrato con la empresa que se ocuparía de la logística. Se había propuesto desarrollar aún más la economía competitiva de la bodega y para eso era necesario ampliar las cadenas de distribución. Su empresa no contaba con los recursos para hacerlo y le pareció que lo más conveniente era tercerizar.

La frase quedó resonando en su mente: si no se tienen los recursos necesarios, lo más conveniente es tercerizar.

Se enderezó de un salto en el asiento y comenzó a pellizcarse el labio inferior. Poco a poco empezaron a tomar forma las ideas que se le arremolinaban en la mente.

—La cena estará lista en una hora —dijo el mayordomo y se retiró sin recibir respuesta.

Se inclinó para abrir un cajón del escritorio y sacó un vaso de cristal tallado y una botella de whisky. Mientras saboreaba la bebida sus ojos recorrían ágiles los estantes llenos de libros que cubrían casi por completo los muros del estudio. No estaba mirando las molduras de madera, ni sus colecciones de libros, tampoco prestaba atención a los diplomas que colgaban entre las estanterías. No veía nada en particular. Sus ojos azules se movían pero lo que estaba funcionando a toda marcha era su mente.

Se quedó un instante pensando que casi todo lo que no puede hacerse, se puede tercerizar.

Volvió a tomar el celular y durante más de media hora hizo tres llamadas telefónicas. Con la primera, sacó de la cama a su amigo de Barcelona. Luego, despertó a los ejecutivos de su finca en Asís. Por último, provocó un revuelo en su agencia de viajes. Al finalizar, el celular estaba casi sin batería, pero sus ojos volvieron a brillar.

Miró hacia la puerta para asegurarse de que nadie se acercaba y descubrió el revólver para retirar la bala del tambor. Envolvió el arma con el pañuelo y dejó la munición dentro del portalápices. No se requerirán sus servicios, le dijo al bulto que fue a parar al fondo del cajón.

Acercó el portarretrato una vez más y vio que su hijo y su nieta insistían en sonreír despreocupados en la imagen. Desarmó el marco para sacar la fotografía. Con la agenda de cuero en la mano, acomodó el retrato entre las páginas.

Se sirvió otro vaso de whisky. Giró el sillón hacia la ventana y vio su reflejo sonriente. Levantó el vaso para brindar con su imagen. No era necesario ir personalmente a matar a alguien. Se preguntó por qué no había pensado antes en tercerizar ese disparo. De inmediato desechó la idea sabiendo que al menos no era demasiado tarde. Un escalofrío le surcó la espalda. Quedaban dos preguntas pendientes: la primera era ¿a quién contratar para el servicio? La segunda era una cuestión de mérito, ¿el político o el empresario? En tres días se reuniría en Barcelona con Gurruchaga. Nadie más adecuado que su mejor amigo para ayudarlo a responder esas dudas. Luego de la visita a España, se quedaría en la finca de Asís, viendo desde la terraza del chalet a las vides que ascienden poco a poco hacia las montañas.

Bebió de un trago el resto del whisky, apagó las luces del estudio y se fue a cenar.

Por el momento, la muerte de Isidro Conesa no tenía fecha, en cambio, muy pronto, otro deceso aparecería en el calendario.

## **CAPÍTULO 2**

*Santa Cruz de Tenerife, Islas Canarias*

*20 de abril de 2016, 6:52 hs.*

Le pareció que la hoja de cuaderno estaba bien sujeta en las ramas bajas del árbol. Trotó cuesta abajo por el Canal de los Catalanes y cuando se detuvo, vio que el círculo dibujado en el papel parecía un punto en un renglón. Se colocó de lado, alineando la espalda con el blanco. El dolor comenzó a la mitad del recorrido de tensión de la cuerda del arco. Cuando ajustó el brazo derecho, en línea con la flecha, el dolor en ese hombro se hizo más profundo. Se enderezó apuntando al centro del anillo; los dedos, junto a la boca, comenzaron a soltar el cable. Iván hizo siete disparos en un minuto, apretando los dientes.

Desarmó el arco y de regreso al árbol movió el brazo dolorido trazando círculos. La molestia solo aparecía con determinados esfuerzos, pero empeoraba con la edad. Los médicos no habían podido remover los trozos de metralla que llevaba incrustados bajo el omóplato derecho. Prefería soportar el sufrimiento ocasional antes que perder parte de la funcionalidad motora del brazo. Así lo demandaba su profesión. Tres flechas se habían clavado en el círculo, otras tres se habían incrustado a unos centímetros de la hoja de cuaderno. El último disparo, el que hizo compensando a la fuerza la relajación involuntaria del hombro, pasó entre las ramas y se perdió en la maleza.

Ya había amanecido y decidió regresar corriendo cuesta abajo por las calles zigzagueantes del barrio que está al este del Barranco de la Leña. Conocía la zona y era casi seguro que a esa hora las calles estarían desiertas. Disfrutaba de la carrera matutina desde que era un muchacho, era su momento de meditación.

Tenía abundante cabello de color castaño claro, con un corte que formaba arriba un cepillo frondoso. Desde su metro ochenta de estatura corría mirándolo todo a su alrededor con sus ojos grises. Tal como era su costumbre, exigía sus músculos al máximo mientras respiraba de modo acompasado. Esas rutinas formaban parte de su estilo de vida y hacían que su cuerpo funcionase como una máquina bien aceiteada. Desde que era un niño le habían inculcado que en su línea de trabajo el desempeño físico eficaz no era un aspecto optativo.

A los lados de la calle las veredas eran tan estrechas que solo una persona cabía en ellas. Con cada curva el océano aparecía a menor altura. Desde esos puntos podía contemplar el cielo que estaba condimentado con unas pocas nubes y se fundía a lo lejos en el horizonte marino.

Solo restaban algunos kilómetros para completar su rutina cuando vio al perro que trotaba hacia él junto con su dueño. El animal tiraba de la correa impulsando al hombre con bata que la sujetaba y que parecía tener los ojos cerrados detrás de los anteojos de sol. Evaluó el peligro potencial de la pareja como moderado o leve. De todos modos se bajó el cierre del buzo para facilitar el acceso al arma que llevaba sujeta al pecho.

El perro también lo miró con atención y no lo consideró una amenaza. El azul de los iris del animal y su pelaje le recordaron a los cachorros Pomsky, esa raza que se obtuvo de cruzar al Husky Siberiano con el Pomerania. Iván descendió al asfalto para dejarles el espacio de la vereda. El can pasó a su lado y lo examinó con una rápida mirada mientras, con la lengua afuera, se esforzaba por remolcar a su dueño.

El perro que se alejaba se parecía mucho a Shchenok. Ese era el nombre que había dado al zorro que lo siguió por kilómetros cerca de los Montes Sayanes.

Recordaba bien los detalles de ese viaje. Fue cuando hizo su primera práctica de supervivencia en Siberia central. Sus caminos se cruzaron a los pocos días del inicio del trayecto de entrenamiento. Desconfiado, Shchenok lo había seguido de lejos. En cuanto Iván cazó un ciervo colorado con arco y flecha, el zorro recibió una parte del botín. Desde entonces el cachorro se le acercó más, fue una compañía con la que pudo hablar unos días. La travesía de práctica de supervivencia por esa región de Siberia incluía atravesar el monte Muztagh. Mientras ascendía las escarpadas paredes de la montaña vio que Shchenok lo observaba sentado. Supuso que el animal había comprendido sus palabras o sus intenciones, ya que la siguiente vez que miró abajo, había desaparecido.

El recuerdo del zorro de Siberia se desvaneció cuando dobló para seguir trotando hacia el sur, por la avenida Francisco la Roche. Se esforzaba por no usar siempre los mismos trayectos pero, por lo general, trataba de regresar por los caminos que tenían el océano a la vista. La salobre brisa marina de la mañana le secaba el sudor de la ropa y le hacía sentir algo bastante parecido al bienestar. A esa hora las veredas comenzaban a llenarse de paseantes, que en su mayoría eran turistas europeos maduros.

Mientras recorría las calles de la ciudad pasaron a su lado algunos grupos de alemanes, franceses, polacos e italianos. Excepto por estos últimos, entendió todas las conversaciones. Los idiomas eran diferentes, pero los diálogos casi siempre trataban temas parecidos. Los turistas solían deliberar acerca del nuevo enfoque que querían dar a sus vidas tras haberse retirado de la actividad laboral. Por regla general, esas opiniones eran entusiastas y llenas de planes para disfrutar de la vida después de la etapa de productividad.

Desde hacía años estaba planeando abandonar su profesión. Según sus cálculos, había acumulado una importante suma de dinero que le permitiría retirarse a una vida de confort, serenidad y, sobre todo, seguridad. Para conseguir el nivel de protección al que aspiraba, era necesaria una suma de dinero mayor a la que tenía depositada en cuatro bancos alrededor del mundo.

Seis años antes había visitado una granja en venta cerca de Loshult, en Suecia. El lugar reunía las condiciones que necesitaba para convertirse en algo así como un hogar tras el retiro. Había llegado en un auto de alquiler hasta la vivienda que estaba en medio de una zona boscosa de Scania, la provincia más meridional de Suecia. No había detectado a nadie en el lugar, de modo que pudo recorrer a sus anchas la granja que estaba rodeada por el bosque. El sitio ofrecía la estructura natural propicia para el establecimiento de un amplio perímetro con detectores de movimiento. Además de este contorno invisible, había calculado las posibles ubicaciones para las cámaras de vigilancia que podrían sujetarse a buena altura en los grandes robles y pinos de alrededor. El trabajo más duro sería excavar la red de túneles subterráneos. A primera vista le había parecido que desde el sótano se podrían perforar unas galerías con al menos cinco salidas a cientos de metros de la granja. Con toda seguridad sería un proyecto complejo y demandaría el uso de maquinaria pesada, pero el esfuerzo valdría la pena. Para él una vivienda no era segura a menos que tuviera varias vías de escape.

Cuando llegó al barrio Cuesta Piedra, al oeste del centro de Tenerife, seguía pensando en la granja de Scania. Tal como lo dictaba su protocolo, caminó por segunda vez alrededor de la Parroquia de Santiago Apóstol. Por último, hizo una pausa en la esquina para elongar los músculos mientras observaba con prudencia en todas direcciones. Tras examinar unos datos en su teléfono celular, entró a su casa. Al



parecer, el circuito final del recorrido no era necesario, ya que al instante habría notado si alguien lo seguía. Aunque su percepción estaba muy desarrollada, no le parecía suficiente confiar en sus instintos. No era capaz de cuestionarse esos hábitos tan arraigados. Podían parecer superfluos, pero atenerse a ellos lo habían mantenido vivo hasta los 52 años, y en su profesión eso era longevidad.

Antes de entrar en la casa, tomó el periódico que estaba enrollado en el buzón y cerró la puerta con los tres pasadores de hierro. En medio del salón había una mesa redonda de madera sobre la que dejó el diario. Extrajo la pistola P-96 de la funda que llevaba sujeta al pecho, era lo mejor que había podido conseguir en Tenerife. Con medio kilo de peso y quince centímetros de largo era una de sus armas urbanas favoritas, en especial porque amaba el armamento hecho en su patria.

—Ty doma? —preguntó mientras colocaba el arma sobre la mesa de la cocina.

—Sí, estoy en casa —le respondió Boris en ruso desde algún lugar—. ¿Todo bien?

—Sí. Pude completar mis rutinas sin problemas. Por lo visto, pronto tendremos la ciudad repleta de turistas paseando por las calles.

Sacó una caja de madera del último cajón del mueble junto a la piletta de la cocina. Se sentó a la mesa y sacó del contenedor los elementos necesarios para limpiar el arma.

—Boris, ¿alguna vez te hablé de Shchenok?

—El zorrillo de Siberia.

Mientras retiraba el cargador lleno de balas y la munición de la recámara, asentía en silencio con un lado de la boca hacia arriba. Recordó una vez más los ojos del zorro mirándolo desde la base de la montaña.

—Seguro en la calle había un perro parecido. Papá no quería mascotas en casa, nada de cachorros para nosotros.

Aunque la última frase de Boris le sonó burlona, no dijo nada, en especial porque era verdad. Las piezas del arma estaban dispuestas en un orden específico sobre un trozo de tela. Se dedicó a aplicar el solvente.

—¿El sensor de cierre de la puerta está funcionando bien? —preguntó Boris cambiando el tema de la conversación para animar a su hermano.

—Sí —respondió con entusiasmo mientras se secaba las manos con un lienzo sucio—. Veamos lo que dice el reporte del equipo.

Iván tomó el celular y con unos toques sobre la pantalla desplegó la aplicación conectada al sensor magnético de las puertas de acceso a la vivienda. Colocó el móvil a un lado y empezó a aceitar la pistola.

—Desde que he salido a correr a la madrugada, la unidad no ha interrumpido la continuidad magnética hasta hace un momento. El registro es de cuando entré a la casa —Iván señaló con la cabeza sin sacar la vista del arma que estaba a punto de ensamblar—. ¿Qué te parece?

—Me parece que te gustan mucho estos juguetes electrónicos.

—Es verdad y sé que te gustarían también.

—Por supuesto, como a todos ... —Iván ladeó la cabeza enarcando las cejas, Boris prosiguió— ... pero, vamos Iván, que estas cosas te encantan, y además, gracias a esta chatarra estamos bien. ¿No?

—Por supuesto. Y así hemos de seguir.

Iván volvió a manipular el celular y colocó el cronómetro en cero. Observó las piezas sobre la mesa y pulsó el botón en la pantalla que de inmediato comenzó a

contabilizar el tiempo. Con los ojos cerrados ensambló en pocos segundos su arma y la colocó frente a sí. Miró la pantalla del teléfono y detuvo la marcha del cronómetro. Mientras contemplaba la pequeña pistola, frunció la boca. Estaba seguro de que era el arma más pequeña que había tenido. Apuntó a la biblioteca que veía a través de la puerta abierta de la cocina y fijó la mira del P-96 sobre el lomo de un libro. No podía leer lo que llevaba escrito, pero conocía la obra, La hija del Capitán, la novela de Pushkin.

—¿Estás bien? —preguntó Boris.

—Estoy demorando cada vez más en ensamblar la pistola.

—Iván, esa arma es nueva y es muy pequeña en comparación con las armas que acostumbras usar.

La observación era acertada, pero al parecer sus habilidades estaban disminuyendo. De todos modos no quería hablar más del asunto porque un soldado no se queja. Miró la pistola. Era el arma que se le recomienda a una abuela o a una hermana pequeña. Al menos eso habría hecho si alguna vez hubiera tenido abuelas o hermanas. Volvió a cerrar un ojo y sostuvo la pistola con el brazo extendido. Unos minutos después, su pulso mantenía la mira sobre el lomo de la novela histórica de Aleksander Pushkin. No tenía la menor duda de que podía colocar la bala en medio del libro. El implante de las lentes intraoculares multifocales que le habían hecho en Tenerife, había valido cada euro. Esa isla proporcionaba magníficas oportunidades. No solo tenía mejor la vista, también había reemplazado sus viejos dientes por una dentadura indestructible. Además, la cicatriz que tenía en la cara era casi invisible después de la cirugía. Su rostro se veía diferente del que tenía diez años atrás, cuando debió escapar de San Petersburgo.

—Boris, ¿sabes en que estuve pensando de regreso?

—En la granja de Scania.

—¡Siempre sabes lo que pienso! —exclamó más relajado mientras ambos seguían hablando en ruso.

Guardó el arma en una pistolera que estaba adherida a la base de la mesa y giró en la silla para apoyar el brazo sobre el respaldo.

—¡Vamos, Iván! —dijo Boris—, se lo que piensas, pero no sé qué harás al respecto.

—¿Te refieres a lo de dejar el trabajo y retirarnos a Scania?

—A Scania, o a cualquier otro sitio. El lugar que tú elijas estará bien mientras no tengamos que mirar todo el tiempo por encima del hombro por si viene alguien.

—Siempre tendremos que estar atentos, Boris —Iván dejó caer el brazo tras el respaldo, respiró hondo con los ojos cerrados y agregó—. Desde hace meses estoy pensando en un equipamiento que se encargará de que nadie se nos acerque sin que lo sepamos. Y si lo intenta, bueno, ... no podrá contarlo.

—¡Perfecto!

—He estado estudiando la tecnología disponible. Tengo varias ideas de cómo emplearla para nuestra seguridad.

—Es muy posible que a estas alturas ya hayas elaborado algunos diseños en borrador.

—¿Has estado revisando mis cosas? —preguntó Iván enderezándose en la silla y desplegando el periódico.

—Claro que no. Parece que siempre piensas como ingeniero —Iván se pellizcaba el labio inferior mientras revisaba el diario—. Entiendo —murmuró Boris—. Te dejaré tranquilo para que pienses.

Iván dejó el diario y regresó a la cocina con la caja de madera, llenó un vaso con agua y lo bebió sin prisa. Luego de lavar y secar el recipiente lo colocó junto a las canillas. Volvió a guardar la caja con los elementos para la limpieza del arma. Se quitó toda la ropa y la lavó a mano en la pileta. Desnudo se dirigió al baño y colgó las prendas húmedas en una cuerda que cruzaba la ducha. En la puerta había instalado una barra de metal sujeta del marco a la altura de sus ojos. Se aferró a ella con la palma izquierda hacia él. Con la mano libre tomó la muñeca del brazo sujeto al metal y cruzando los pies hacia atrás, flexionó las rodillas hasta quedar suspendido por el brazo izquierdo. A ritmo lento comenzó a levantar rítmicamente su cuerpo.

Luego de repetir algunas decenas de veces el ejercicio, cambió de mano y reiteró la práctica. Era el brazo dolorido, de modo que hizo menos flexiones. Abrió la ducha y apoyando las palmas a la altura de los hombros contra los azulejos se quedó inmóvil bajo el agua fría. Había disfrutado de las prácticas obligatorias en el internado cuando era un niño y también durante su entrenamiento en las fuerzas especiales. Pero el minuto y medio asignado al aseo personal bajo las duchas siempre era poco. Ese tiempo no le parecía suficiente para relajar los músculos doloridos tras el ejercicio. Le reconfortaba quedarse unos momentos bajo el agua sin importar la temperatura a la que esta se encontrara, más aún después del ejercicio físico.

Tras secarse con una toalla, se pasó los dedos por el corte tipo cepillo. Se colocó unas prendas limpias que tomó del ropero del dormitorio y se fue a la cocina. Mordió una manzana, salió al salón y con la boca llena exclamó:

—Boris, estuve haciendo algunos cálculos y creo que...

—No me grites que estoy a tu lado —dijo su hermano en voz baja, casi susurrando—. ¿Qué pasa con esos cálculos?

—Un último trabajo —apuntó Iván que seguía devorando la manzana.

—Muy bien. ¿Qué quieres decir con eso?

—Solo eso —respondió eufórico Iván—. Si todo sale como lo tengo planeado, tomaré un último encargo, uno con el pago apropiado. No me refiero a cualquier misión. Tiene que ajustarse al código y, con algunos ingredientes que tengo en mente, nos podremos retirar a Scania o a cualquier otro sitio de Escandinavia. Para siempre, Boris. Para siempre.

—No tengo dudas de que si lo planeas, podremos hacerlo.

Boris hizo una pausa mientras su hermano masticaba mirando concentrado hacia la pared. Al cabo de unos segundos, Iván agregó:

—Se trata de un proyecto riesgoso. Pero si resulta bien, estaremos en Escandinavia, cavando túneles, instalando cámaras infrarrojas y sensores térmicos en los pinos.

Se sentó a la mesa y comenzó a hojear el periódico "La vanguardia" de Barcelona. Al llegar a la sección que le interesaba descubrió que, como tantas otras veces, se le ofrecía un trabajo. El mensaje, disimulado en medio de un texto ordinario, estaba dirigido a él y la misión debería llevarse a cabo en Marruecos. Los datos del anuncio no eran lo que esperaba. La cifra que se le ofrecía en euros no estaba lejos de su presupuesto, pero no se ajustaba a su código de trabajo. Habría que seguir esperando.

Iván sabía que tendría que haberse retirado hace años. El cuerpo le respondía muy bien y su experiencia compensaba con creces el inevitable envejecimiento del sistema nervioso. Ningún colega seguía activo después de los cuarenta años. Todos ellos se habían retirado o estaban muertos.

Solo necesitaba encontrar el último trabajo que debía ser el correcto. No le importaba que demandara un gran esfuerzo porque él era un soldado y un soldado no se queja.

Un soldado hace su trabajo y al final del día, se va a casa. Caminando o en una bolsa de plástico.

### CAPÍTULO 3

*Barrio Gótico, Barcelona*

*21 de abril de 2016, 18:43 hs.*

Miró la única tecla del control remoto como si en alguna parte del plástico estuviera la explicación de que no funcionara. Por tercera vez apuntó al sensor del patio sin resultado. El cuarto intento lo hizo a dos metros del objetivo con la mano en alto y con la furia de quien lanza un rayo fulminante. Por fin Carlos Gurruchaga vio que el portón de madera y hierro de su casa se abría con un zumbido. En la calle, frente a la entrada, Isidro Conesa sostenía su valija con ruedas que parecía destinada a rodar calle abajo. Con las últimas luces de la tarde catalana los hombres se abrazaron, aunque el argentino solo podía usar el brazo libre. Se miraron un momento sonrientes y Conesa le preguntó:

—¿Me parece a mí o cada vez que nos encontramos hay más para abrazar?

Mientras recorrían el patio empedrado, el portón se cerró repitiendo el sonido mecánico. Tal como le propuso su amigo, dejó la valija en el recibidor y regresó al patio para subir juntos la escalera exterior con escalones de piedra caliza. Con cada visita, el recorrido de la escalera les tomaba más tiempo.

La sala de estar a la que entraron era mucho más larga que ancha. El lugar tenía una delicada fragancia que le hizo recordar las fábricas de galletitas que estaban en el barrio de Constitución. El suelo mantenía el adoquinado de baldosas cerámicas parecidas a la de los patios coloniales de La Rioja. El techo, blanco igual que las paredes, tenía las viguetas de madera barnizada a la vista, que recorrían toda la estancia como si fueran costillas. En la pared del fondo había una puerta estrecha de dos hojas que se abría al pequeño balcón francés con barandilla de hierro. Los ladrillos del muro de la derecha contrastaban con la poblada biblioteca que cubría por completo la pared opuesta.

Cerca de la entrada había una mesita baja rodeada por los sofás. Se sentó en el sitio que señaló Gurruchaga y de inmediato apareció una joven que parecía tener la sonrisa pintada en la cara. La muchacha, sin decir palabra, colocó una bandeja sobre la mesita y, sin variar el gesto, se retiró con la misma rapidez con la que había entrado. Los hombres sonrieron con los hombros en alto mientras observaban lo que había llegado: un termo metálico, una canastilla rebosante de bizcochos, un mate y un cuenco con dulce de leche.

—Estas son las aficiones que se me han pegado por tu culpa —explicó Gurruchaga que se sentaba despacio sujetándose del apoyabrazos del sofá.

—Imagino que debo disculparme por estas malas costumbres de las que no te pudiste deshacer —dijo Conesa mientras untaba dulce de leche sobre un bizcocho.

—¡Que va! Luego de tantas horas de estudios juntos en la universidad. Las mejores cosas que me has dejado son el dulce de leche y Borges.

—¿Y el tango? No mencionaste el tango.

—Ni lo pienso hacer. Piazzolla, vaya y pase, pero ¡vamos! Luego de escuchar algunos tangos la tristeza se te mete hasta por los huesos. Aparecen deseos de quitarse la vida.

A Conesa le costó hacer una mueca, pero por suerte Gurruchaga se ocupaba de cebar mate. Había inclinado la yerba y vertía el agua con pericia. Le alcanzó el mate humeante y espumoso sonriendo ante los aplausos del argentino.

Los dos hombres se parecían, tenían la misma edad, estatura y también conservaban el cabello blanco como las barbas. Gurruchaga tenía espaldas muy anchas, algo de sobrepeso y una leve renguera que le había quedado de recuerdo de las prácticas del deporte. Había sido profesor en la universidad de Aix-Marsella durante siete años y debió abandonar el rugby tras una severa lesión en los ligamentos de la rodilla. Esa tarde llevaba un blazer gris sobre una camisa de un blanco impecable, unos vaqueros celestes y mocasines. La forma de los ojos, algo entrecerrados, aparentaban una mirada desconfiada.

Luego de las conversaciones sobre música, siguieron otras de las aficiones literarias. Tras lo que pareció un tácito acuerdo, se hizo un breve silencio entre ambos, Conesa inspiró profundamente y bajando la vista dijo:

—Carlos, me encuentro en una situación difícil. En primer lugar te voy a contar los antecedentes y luego quiero que me ayudes a pensar. Vine a verte porque sé que no me juzgarás y lo que hablemos quedará entre nosotros.

—¡Vamos, Isidro! Anímate, viejo amigo. Siempre encuentro estimulantes nuestras parrafadas. Me honras al visitarme, de modo que, ¡suelta ya eso que te inquieta! — Gurruchaga apoyándose en el posabrazos se puso de pie con dificultad y exclamó— "Omnium scientiarum princeps"...

—"Salmantica docet" —completó en voz baja Conesa que también se había levantado.

—"Los principios de todas las ciencias se enseñan en Salamanca"— aullaron juntos como un grito de guerra y rieron a carcajadas mientras se dejaban caer en sus asientos.

Conesa se acomodó en el extremo del sillón con los codos sobre las rodillas. Sin dar rodeos le explicó a su amigo cómo lo habían afectado las recientes noticias del juicio frustrado contra los asesinos de la joven de La Rioja. Le contó que nunca había logrado asimilar que engañaran o drogaran a su nieta para llevársela, y que no había sido capaz de eliminar personalmente al político. Gurruchaga lo observaba con la vista fija sacudiendo cada tanto la cabeza. La voz del argentino apenas se oyó cuando, con la vista en sus manos, admitió que tres días atrás había estado a punto de quitarse la vida.

Se recostó en el sillón, respiró hondo y dijo en voz baja que está decidido a contratar a alguien para que elimine al empresario o al político.

Las cejas de Gurruchaga no podían llegar más alto cuando su amigo le dijo con toda serenidad que esperaba que lo ayudara a contratar a un sicario y decidir cuál de los dos crímenes posibles sería más beneficioso.

—No se trata de una decisión tomada de modo irreflexivo —dijo Conesa—. Después de poner esto en marcha, viajaré a Italia y me quedaré en la bodega que compré hace unos meses.

Conesa relajó sus hombros y apoyó el pie sobre la rodilla. Miraba a su amigo en silencio y este comprendió que ya le había dicho todo. Había oscurecido en Cataluña y los hombres estaban casi a oscuras cuando Gurruchaga se levantó para encender las luces adosadas al muro. Luego de sentarse con una mueca encendió su pipa y preguntó:

—¿Cuándo dices que has comprado ese viñedo en Asís?

—Hace pocos meses. Mirá lo moderno que soy que desde Chilecito me he reunido varias veces con los administradores italianos por videoconferencia.

—¡Bien hecho! —dijo Gurruchaga alzando un puño—. ¿Quién dijo que los vejesterios no podemos apañarnos con los ordenadores? Dime, Isidro, ¿sabe Germán de este nuevo proyecto en Italia?

Conesa sacudió la cabeza mientras se levantaba. Se acercó al balcón y apoyando las manos en la baranda miró en dirección al Montjuic. Gurruchaga se puso de pie ayudándose con un brazo, se acercó a la biblioteca, abrió un gabinete con llave y colocó dos vasos en el estante que se formó al bajar la tapa. Extrajo un botellón de cristal tallado y luego de servir el whisky en dos vasos se acercó a su amigo y le ofreció uno. A través de la ventana se veía que el cielo de Barcelona anunciaba lluvias.

—Por favor, Isidro, cuéntame ¿por qué después de diez años se ahondaron tus penas?

—Hace dos años, en La Rioja, encontraron muerta a una joven. Tenía la misma edad que tenía Iris cuando... —apretó los labios un momento y tras beber un trago continuó— Los acusados fueron los mismos. Un clan dirigido por un político de mi provincia. Hace pocos días se acabó todo, Carlos. Salieron libres y tampoco llegaron al final del juicio.

Conesa bebió el resto de su vaso de un trago. Arrastrando los mocasines volvió a su sitio en el sillón. Miró a su amigo y preguntó:

—¿Se podría haber evitado la muerte de la otra muchacha? En los últimos tiempos me pregunto que habría pasado si yo le hubiera disparado a ese hijo de puta. Tal vez sin ese criminal, la joven estaría viva. ¿Qué opinás?

—Dime, ¿las razones que exculparon al político y a sus cómplices fueron las mismas?

—En el juicio de Iris, lo más probable es que hayan eliminado al único testigo. Pero en este último proceso, recibieron ayuda especializada —Conesa apoyó las manos sobre las rodillas—. Un empresario interesado en explotar una mina de uranio puso a disposición del político uno de esos super abogados que saben cómo sacar provecho de las leyes. El empresario los ayudó y, a cambio, está a punto de conseguir un acuerdo para explotar ese recurso. El defensor encontró algún defecto en la tarea del fiscal y, chau. Salieron del juicio sin inconvenientes.

—Eso ya me lo has dicho. ¿Dices que se trata de una mina de uranio en tu provincia? Pero, ¿esa actividad no es riesgosa para el ambiente?

—Claro que sí. Es por eso que nunca se ha explotado.

—Isidro, déjame ver si he entendido bien. Tenemos a un empresario que no duda a la hora de ayudar a un político criminal. Con esto consigue desarrollar una actividad en tu provincia que además es perjudicial para tus vecinos. ¿Se me ha olvidado algo?

—No —dijo Conesa reclinándose en su asiento.

—¿Estás completamente convencido de que quieres que alguien se ocupe de eliminar a uno de estos sociópatas?

—Eso es lo que me incomoda. Nunca estuve de acuerdo con hacer justicia por la mano propia. No me gusta para nada, pero...

Gurruchaga asentía con leves movimientos de la cabeza mientras se pellizcaba el labio inferior. Durante el silencio que se estableció entre ellos, Conesa observaba a su amigo. Luego de unos instantes, lo miró y con el índice sobre el labio apuntando a su nariz, le dijo:

—Isidro, cuando comenzamos a estudiar filosofía recuerdo que tu favorito entre los antiguos era Epicuro —como su invitado asentía satisfecho, prosiguió—. Como

recordarás, él afirmaba que, al igual que no sirve una medicina que no remedia el cuerpo, tampoco es útil una filosofía que no cura el alma.

Conesa apretó los labios, se levantó y se acercó a la botella de whisky para rellenar los dos vasos. Devolvió la botella a su lugar y procuró no hacer ruidos que distraigan a Gurruchaga. Éste sujetó la bebida que le ofreció su amigo y mirándola le dijo:

—Por lo visto, estamos ante personas que se muestran indiferentes frente al daño que sus actos pueden causar a otros, de modo que es probable que repitan esta conducta en el futuro.

—Estoy confundido, Carlos, no sé si te referís al político o al empresario.

—A los dos. Uno es un depredador reincidente y el otro lo ayuda para sacar algún provecho que también perjudica a muchos. No sé cuál es peor, pero ambos actúan sin preocuparse por las penalidades que impone la sociedad a sus acciones. Tú sabes, Isidro, que estas penalizaciones tienen varios propósitos, por ejemplo, disuadir a los criminales y defender al resto de la sociedad —miró a Conesa con las cejas en alto y agregó:—, además, por supuesto, tenemos la venganza para las víctimas.

—¿Venganza, te parece?

—¡Por supuesto! —exclamó Gurruchaga mientras el humo de la pipa le salía de la boca—. Nos han enseñado que la venganza es una motivación reprensible o indigna. También se nos ha inculcado que no debe emplearse la venganza cuando se impone un castigo socialmente convenido por los delitos. El encarcelamiento y otras penas, según este punto de vista, solo pueden justificarse en la medida que protegen a la sociedad, rehabilitan a los delincuentes o disuaden a otros de cometer delitos.

—Es cierto —dijo Conesa que miraba su copa casi vacía con las cejas en alto.

—Pero, ¿estos enfoques de castigo realmente son más justos que un modelo retributivo o de venganza? Es decir, ¿las víctimas del crimen no merecen algún tipo de compensación por su sufrimiento? ¿Están la justicia y la venganza en conflicto entre sí, o realmente van juntas? —Gurruchaga observó a su amigo con la vista perdida en su bebida— ¿Qué opinas, Isidro?

—Carlos, lo que siento es que no puede haber justicia mientras las víctimas no sean vengadas.

—Exactamente, donde no hay venganza, hay insatisfacción.

—¿Viste esas películas en las que se envía una persona al pasado para eliminar a alguien y así impedir genocidios o catástrofes? Pues bien, de algún modo hoy es el pasado del financiamiento de delitos o desastres del futuro que pueden evitarse. Esa es una de las razones por la que borran a uno de estos tipos del mapa, ¿qué opinás?

—Creo que lo que dices es lógico, posible y evitable.

—Entonces, ¿es posible?

—Prométeme que lo que te diré a continuación no saldrá de estas paredes —Conesa asintió y Gurruchaga prosiguió en voz baja—. Hace unos años, yo aún trabajaba en la Universidad de Barcelona y sucedió que secuestraron a mi hijo menor, Diego. No puedo darte los detalles, pero yo estaba agobiado. Tanto así que le conté mi problema al decano que era una persona de la que me podía fiar. Me dijo que sabía de alguien que podría ayudarme. Me aseguró que se trataba de un hombre con recursos especiales pero, por supuesto, no podía darme más detalles. Mi colega me ayudó a contratar a este profesional de un modo extraordinario y, por supuesto, reservado. Conforme lo pactado con él, le transferí por anticipado dos tercios de la suma ofrecida.



Gurruchaga se abrochó el blazer y miró a su amigo con los brazos cruzados. Tras una pausa susurró:

—Isidro, este hombre trajo de regreso a Diego sano y salvo y liquidó a sus captores, que según mi hijo eran al menos cinco, tal vez más. Me dijo que este hombre casi ni le hablaba, pero por su acento pensó que era ruso. Creo que podríamos hacer lo mismo. Piénsatelo bien.

Conesa no respondió, regresó a la ventana y contempló como la fina lluvia que caía mojaba el empedrado de la calle. Permaneció un rato en silencio mientras Gurruchaga, desde su asiento, lo miraba envuelto en una nube de humo de pipa. Conesa recordó las sonrisas de la imagen que tenía en la agenda de cuero. Un trueno lo sobresaltó y lo obligó a mirar al cielo que parecía un muro negro. Regresó a su sillón y en voz baja le dijo a Gurruchaga:

—Quiero que ese hombre, el del acento ruso, haga algo por mí. No —agregó colocando su mano sobre la rodilla de Gurruchaga—, mejor aún, que haga algo por todos nosotros.

—Puedo ayudarte a proponerle al ruso un contrato ahora mismo —dijo Gurruchaga murmurando y adelantándose hacia el borde del sillón—. Por lo general sus honorarios aumentan con los años. Te va a costar una pequeña fortuna. Piénsatelo bien, Isidro, si te decides, cuando salgas por esa puerta no habrá vuelta atrás, no existe un botón de apagado, ni posibilidad de reembolso. Este es un punto sin retorno.

Gurruchaga sacó del estante más alto de la biblioteca una computadora portátil. Los dos amigos pasaron algunas horas escribiendo borradores hasta que por fin la redacción del encargo quedó terminada.

—¿Quién recibirá visitas? —quiso saber Gurruchaga sonriente frente al teclado—, ¿el político o el empresario?

\* \* \*

Conesa alquiló un Mercedes-Benz Clase A en una agencia de Barcelona y condujo hasta Montpellier. Se registró en un hotel, pero no quiso irse a dormir antes de ver el Mediterráneo. Cuando estacionó cerca de la playa, ya había oscurecido. Se quitó los zapatos, se arremangó el pantalón y descalzo se sentó en la arena frente al mar. Una sensación de satisfacción recorrió su cuerpo mientras contemplaba los veleros que se mecían sobre el plácido mar.

Tenía la certeza de haber obrado como era debido o, en todo caso, como su hijo esperaba que obrara. De cualquier manera, tampoco podía detenerse la maquinaria que había puesto en movimiento en Barcelona. El dinero que ofreció fue aceptado y, aunque era una suma considerable, le pareció una inversión razonable destinada a su propio bienestar y a la protección de otras personas. Extrajo del bolsillo la fotografía y observó las sonrisas que tan bien conocía. Cada vez que la miraba en la foto, su nieta le parecía más bonita. Sin dudarlo un segundo habría dado toda su fortuna por estar un momento en esa playa sentado con su nieta. La oscuridad lo obligó a forzar la vista, pero estaba seguro de que esa noche junto al Mediterráneo las sonrisas de la foto eran más intensas. Cuando llegó a Asís, devolvió el vehículo de alquiler.

Pasó algunos días en su nueva finca organizándolo todo. Según sus cálculos, en pocos años, los viñedos italianos devolverían la inversión con creces. Entre sus nuevos planes estaba disfrutar las tardes con un buen libro. Había encontrado el lugar perfecto para esta actividad: una terraza lateral del chalet. El lugar no era muy amplio

pero tenía lo que necesitaba, unas sillas de metal con almohadones, la mesa haciendo juego y la vista. Desde la terraza se veían las hileras de vides que se perdían hacia las montañas acompañando las delicadas ondulaciones del terreno. Como la casa no tenía una biblioteca como la suya en Chilecito, pensaba encargar algunos libros que haría traer desde Perugia.

La tarde del trece de mayo interrumpió la lectura cuando oyó que lo llamaban. Se asomó a la barandilla de la terraza y uno de los empleados de la bodega colocaba las manos alrededor de la boca para gritarle:

—C'è una telefonata per lei direttamente dall'Argentina, signore.

—¿Dov'è la telefonata?

—Nel suo ufficio.

Conesa llegó a su oficina y tomó la llamada algo agitado por la carrera.